





Francis Bacon y Michael Peppiatt, c. 1975.  
La fotografía fue tomada por David Hockney  
en su estudio de Paris.

Michael Peppiatt

**FRANCIS BACON  
EN SU ESTUDIO**

Traducción de  
Jordi Ainaud i Escudero



Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

© Michael Peppiatt, 2018

© de la traducción, Jordi Ainaud i Escudero, 2018

Fotografía de la cubierta:  
Francis Bacon fotografiado por Francis Goodman  
en su estudio de Reece Mews, 1971  
© National Portrait Gallery

© Editorial Elba, S.L., 2018  
Avenida Diagonal, 579  
08014 Barcelona  
Tel.: 93 415 89 54  
[editorial@elbaeditorial.com](mailto:editorial@elbaeditorial.com)

## ÍNDICE

Retrato del artista en el trabajo · 9

Los ojos de Bacon · 49

## Retrato del artista en el trabajo

Cuando muere un gran artista, pasan cosas raras. De repente, la obra de toda una vida independiza, privada y liberada al mismo tiempo de su creador. La única autoridad indudable sobre cómo se creó, qué significa y cómo tiene que exponerse ya no puede aclarar ni dictaminar nada.

A medida que la muerte se va imponiendo como una realidad, afloran a la superficie cuadros que se creían perdidos o destruidos, documentos reveladores y una red de influencias insospechadas, como piezas de un gigantesco rompecabezas. Resulta igual de inevitable que los herederos del artista empiecen a pelearse, se dividan en facciones rivales y amenacen con pleitos. Como a la prensa le encantan las aventuras y desventuras de las vidas de los famosos, aunque sean póstumas, la obra y la leyenda del artista se hacen cada vez más públicas. Pronto casi cualquiera está dispuesto a expresar una opinión contundente, fundada o no, sobre la importancia del artista para el mundo.

Si esto ocurre con Picasso y Giacometti, es aún más evidente en el caso de Francis Bacon. La tendencia de toda la vida de Bacon a inventar y controlar su propia leyenda ha provocado una reacción violenta equivalente, pero de signo contrario. En esta versión particular de «Después de mí, el diluvio», ha habido una avalancha de revelaciones, polémicas y cambios radicales de opinión. Por supuesto, resulta estimulante ver una obra tan potente y provocativa como la de Bacon proyectada hacia un público más amplio y reinterpretada libremente y en sus aspectos esenciales. Pero me parece que, cuando el propio Bacon corre el riesgo de quedar sepultado en la maraña de glosas y teorías de terceros, es vital tener en cuenta el modo en que realmente vivía, pensaba y trabajaba. Como amigo suyo a lo largo de casi treinta años, tuve el privilegio de ver a Bacon atrapado en sus propias contradicciones extremas, en cada momento del día, y a menudo durante días y días. Espero que el siguiente «retrato» ayude a mantenerlo vivo tal como era: brillante, vanidoso, asombrosamente perspicaz y receptivo, generoso, profundamente dividido y profundamente humano.



## DISCIPLINA Y FRIVOLIDAD

Mi vida está toda en mi trabajo.<sup>1</sup>

FRANCIS BACON

Circulan hoy tantas historias fascinantes sobre Francis Bacon entregado a sus placeres, a la bebida, al juego, generalmente hasta la madrugada, que olvidamos la frecuencia con que cerraba la puerta del estudio para aislarse de cualquier distracción y volcaba su prodigiosa capacidad de concentración en pintar nuevos cuadros. Como dormía poco y poseía una energía ilimitada, Bacon tenía tiempo para divertirse desenfrenadamente y trabajar de firme. Incluso para sus amigos íntimos, parecía que siempre estuviera de fiesta, haciendo alarde de una agudeza y una extravagancia dignas de Oscar Wilde en bares y restaurantes; pero mientras los clientes habituales de los bares de copas del Soho que frecuentaba se despertaban y se mentalizaban con el fin de prepararse para otra ronda de excesos, Bacon ya se había pasado la mañana entera delante de un cuadro.

Cómo lo hacía, cómo se las arreglaba para beber sin moderación alguna durante casi cator-

1. Todas las citas de Francis Bacon que encabezan los apartados proceden de conversaciones del artista con el autor.

ce horas al día, yendo de club en bar, dejando tras de sí una estela de compañeros demasiado borrachos para continuar, para centrarse luego en el peligroso proceso de crear una nueva imagen, sigue siendo un misterio. Bacon mismo pretendía que pintaba particularmente bien con resaca. «Después de una noche de éstas, tengo el cerebro que echa chispas», proclamaba con una simplicidad que desarmaba a los amigos aturridos y pálidos que le habían acompañado. «Creo que beber en realidad me hace más libre», añadía a veces, con las mejillas sonrosadas y alegre, como si hubiera consumido un puro elixir en los últimos y sórdidos reductos de la noche londinense. Ni siquiera su médico, un buen amigo que había escudriñado los secretos de su constitución, era capaz de señalar nada más que la resistencia natural de Bacon y su capacidad de metabolizar el alcohol con una rapidez extraordinaria. Cualquiera que fuese la alquimia que le permitía transmutar cantidades paralizantes de alcohol en energía creativa, el régimen parecía sentarle admirablemente a Bacon. Invariablemente alerta y casi siempre de buen humor después de los peores excesos, se levantaba alrededor de las seis de la mañana, pintaba hasta el mediodía y luego recomenzaba su ronda de pubs y bares del Soho. Como era muy querido

y famoso por su generosidad, Bacon siempre se codeaba con varios amigos a quienes invitaba a comidas pantagruélicas y a veces a una partida en alguno de sus clubes de juego preferidos; y raramente mucho antes de salir el sol, se dejaba caer en un taxi y regresaba al estudio para dormir dos o tres horas antes de enfrentarse una vez más al lienzo que tuviera entre manos.

Esta rutina agotadora se fijó al principio de la carrera de Bacon, quien la respetó incluso en su vejez con un rigor casi ascético. «Tienes que ser disciplinado en todo, incluso en la frivolidad», me dijo una vez en el curso de una cena divertidísima, alzando la copa para subrayar: «sobre todo en la frivolidad». Sin embargo, había épocas, en especial cuando se vislumbraba en el horizonte una nueva exposición, en las que Bacon apenas se movía del estudio más allá de acudir a algunas citas necesarias. Esas épocas iban precedidas por una retirada gradual del recorrido de costumbre: se mostraba menos dispuesto a pasar la noche en vela ante una mesa de juego y repetía casi en tono de disculpa frases como: «El caso es que, por alguna razón, en estos momentos me hace mucha falta trabajar». Y entonces el alegre vagabundeo, los escandalosos monólogos alimentados a base de champán y la arriesgada promiscuidad de la que Bacon disfrutaba, los sustituía